

ANTÒNIA CASELLAS*
MONTSERRAT PALLARÈS BARBERÀ**

CAPITAL SOCIAL COMO ESTRUCTURA DE ANÁLISIS. VALIDACIONES EN PERSPECTIVAS DE GÉNERO Y TERRITORIO¹

RESUMEN

Este artículo estudia las categorías analíticas del concepto de capital social desde una perspectiva de género. Cómo se produce, se distribuye y quienes son los beneficiarios de capital social está siendo objeto de un debate abierto dentro de diferentes disciplinas. En geografía, capital social se puede configurar como una herramienta de interpretación básica, sobre todo en el estudio de los trabajos de mujeres en áreas rurales de montaña. El artículo analiza las aportaciones de cuatro de los más importantes teóricos del concepto, Pierre Bourdieu, James Coleman, Robert Putnam y Nan Lin, con el objetivo de hacer una relectura de capital social que ayude a abrir un debate sobre cómo identificar y analizar las aportaciones hechas por las mujeres en el ámbito de capital social.

PALABRAS CLAVE: Capital social, trabajos de mujeres, áreas rurales, análisis de redes.

ABSTRACT

SOCIAL CAPITAL AS A STRUCTURE OF ANALYSIS. VALIDATIONS ON PERSPECTIVES OF GENDER AND TERRITORY

Abstract: This article examines the analytical categories of the concept of social capital from a gender perspective. How social capital is produced and distributed, and who are its beneficiaries are the subject of an ongoing debate amongst different disciplines. In geography, social capital can be described as a basic tool for interpretation, especially when studying the jobs of women in rural mountainous areas. This article analyses the contributions by four of the most important theoreticians of the concept: Pierre Bourdieu, James Coleman, Robert Putnam and Nan Lin, with the purpose of undertaking a re-interpretation of social capital that helps to open up a debate on how to identify and analyse the contributions made by women in the realm of social capital.

KEY WORDS: Social capital, women's jobs, rural areas, network analysis.

¹ Agradecimientos: Este artículo ha sido posible, en parte, gracias a la beca SB2004-0040 de Estancias de Jóvenes Doctores y Tecnólogos Extranjeros en España concedida al Departamento de Geografía de la Universitat Autònoma de Barcelona. Secretaría de Estado de Universidades e Investigación. Ministerio de Educación y Ciencia. También al Grupo de Calidad de la Generalitat de Catalunya (resolución UNI/1022/2005). Geografía Aplicada del Departamento de Geografía de la Universitat Autònoma de Barcelona.

* University of Utah. College of Architecture and Planning. Profesora Visitante Universitat Autònoma de Barcelona. Departament de Geografia. casellas@nmsu.edu

** Universitat Autònoma de Barcelona, Departament de Geografia, Montserrat.pallares@uab.es
Fecha de recepción: marzo 2006. Fecha de aceptación: julio 2006.

INTRODUCCIÓN

Capital social es un concepto que ha sido definido en relación a las interacciones que realizan un conjunto de individuos y al resultado directo o indirecto de estas relaciones. El debate se centra en estudiar cómo se produce, distribuye y cuáles son los colectivos que se benefician de los aspectos positivos generados por el capital social. La disparidad de aproximaciones junto con la pregunta clave de cómo se puede medir el capital social capitalizan la naturaleza del debate. Una aproximación cuantitativa a este tema de estudio puede incurrir en el error de dejar importantes variables fuera de estudio. Una aproximación cualitativa ha de tener mucho cuidado de definir exactamente donde están los elementos esenciales a resaltar. El objetivo de este artículo es ahondar en esta exploración a través del estudio de la relación existente entre capital social y género, desde una perspectiva Geográfica.

Las preguntas estructurales que están en la naturaleza de este artículo y que nos formulamos son: ¿Qué es capital social y cómo se relaciona con género? ¿Hay diferencias entre el capital social generado por hombres del generado por mujeres? ¿Qué papel juegan las características del territorio? Para dar respuesta a estas cuestiones exploramos el concepto de capital social en cuatro pensadores clave: Pierre Bourdieu, James Coleman, Robert Putnam y Nan Lin. En segundo lugar, tomamos categorías analíticas de estos autores para hacer una lectura de capital social desde una perspectiva de género. Finalmente, introducimos el elemento territorial centrándonos en la especificidad del territorio de alta montaña.

CAPITAL SOCIAL: ORÍGENES, UTILIZACIÓN Y ADAPTACIÓN DEL CONCEPTO

En su acepción más actual, y como punto de partida para esta discusión, capital social se puede definir como las redes y relaciones sociales que las personas crean, y en la confianza y formas de compromiso que facilitan estas interacciones. Como formas de capital social, las redes y la confianza mutua constituyen las bases para generar solidaridad social e inclusión.

Aunque es un concepto que se genera en la esfera social, capital social se inmiscuye en discusiones de procesos económicos: como "capital" tiene valores de cambio y puede ser acumulado y poseído por individuos y comunidades. Puede considerarse como un bien intangible y, en cierta forma, tiene calidad etérea porque fluye dentro y entre personas y sólo se manifiesta en sus efectos (FRANKLIN, 2004).

Capital social es un concepto muy fértil, del que se han hecho muchos usos, tanto analíticos como empíricos. Con todo, el concepto es resbaladizo y no existe un consenso pleno sobre su significado tanto teórico como metodológico. Cuatro autores parecen altamente influyentes dentro de la literatura de capital social: Pierre Bourdieu, James Coleman, Robert Putnam y Nan Lin.

Pierre Bourdieu es un pensador clave, dado que el uso actual del concepto de capital social se perfila en sus trabajos de finales de los años sesenta y setenta del siglo veinte. James Coleman extiende el concepto al campo de la política pública y lo desarrolla metodológicamente durante los años 1980 y 1990. Robert Putnam es el pensador más influyente y divulgativo del concepto, relacionando capital social y compromiso cívico. Finalmente, y más recientemente, Nan Lin hace aportaciones clave desde las perspectivas de redes, contribuyendo a la creación de una fuerte corriente de análisis empírico.

Bourdieu: capital social desde el conflicto de clases

Para este sociólogo francés, capital social está conectado con la idea de clase, más específicamente, a su teoría de reproducción de clase. Desde el punto de vista de Bourdieu, el elemento que permite mantener y transmitir de una generación a otra los privilegios de las clases dominantes se encuentra en la educación (BOURDIEU, 1977). La clave para tener éxito en el ámbito educativo es poseer un conjunto de conductas culturales. Contrariamente a lo que ocurre con los hijos de las clases trabajadoras, los hijos de las clases medias y altas aprenden estas conductas en el ámbito familiar. Esta continuidad entre el ámbito familiar y el educativo, hace que estos segundos sean capaces de tener éxito en el sistema educativo y, por tanto, reproducir su posición de clase social dominante.

Bourdieu identifica cuatro dimensiones de capital, cada una de ellas mantiene una relación con clase social: capital económico, cultural, social y simbólico. Capital económico se refiere a capital en el sentido que Marx da al término, pero también hace referencia a otras posesiones de tipo económico que aumentan las capacidades de los individuos en el ámbito social (activos líquidos, bienes inmuebles e inmobiliarios, entre otros). El capital cultural está formado por tres elementos diferentes. En primer lugar, capital cultural existe como parte del *habitus*², y se crea, en gran medida, mediante la educación que se recibe durante la infancia. En segundo lugar, el capital cultural se objetiviza en los artículos culturales que los individuos conocen, valoran y/o poseen. En tercer lugar, capital cultural también existe de forma institucionalizada y se expresa mediante certificados, diplomas y otros títulos (BORDIEU, 1977; BOURDIEU y PASERON, 1977).

El capital social tiene dos componentes. En primer lugar, el capital social es un recurso que está relacionado con la pertenencia a grupos y redes sociales. Siguiendo a Bourdieu, "la cantidad de capital social que un individuo determinado tiene.... depende de la cantidad de red de conexiones que es capaz de movilizar de forma efectiva" (BOURDIEU, 1986, p. 249). Se trata de una cualidad producida por la totalidad de las relaciones entre actores, más que por la "calidad" de un grupo en sí mismo. Asociaciones, partidos políticos, grupos religiosos, sociedades secretas, entre otros, son ejemplos de encarnaciones de capital social. La diferencia en el control del capital social es la que permite explicar porqué individuos con similares niveles de capital económico y cultural llegan a niveles diferentes de beneficios y de cotas de poder. Un individuo que pertenece a un grupo que crea capital social goza de muchas más ventajas. Para Bordieu, capital social tiene efecto multiplicador sobre el capital económico y cultural del individuo.

La segunda característica del capital social es que está basado en el mutuo reconocimiento entre individuos (BOURDIEU, 1986). Las diferentes clases sociales surgidas de la diferente distribución de capital económico, cultural y social son sólo "clases en el papel", es decir, son sólo clases en potencialidad. Para que el capital social sea efectivo, las diferencias objetivas entre grupos o clases sociales se han de transformar en diferencias y clasificaciones simbólicas que hagan posibles reconocimientos y distinciones simbólicas (BOURDIEU, 1997, 1998).

² *Habitus* es uno de los conceptos analíticos claves de Bourdieu. *Habitus* se define como el sistema adquirido de percepción, pensamiento y acción. Se forma mediante los valores y modelos de comportamiento del ámbito familiar y del educativo.

Así pues, el capital simbólico no es más que capital en cualquiera de sus formas cuando es percibido por un individuo dotado con categorías de percepción surgidas desde un conocimiento y reconocimiento como auto-evidente, cuando hay una interiorización. Mecanismo necesario para la legitimación de las diferentes clases sociales con diferentes niveles de poder (BOURDIEU, 1998).

Para concluir, Bourdieu pone énfasis en elementos de conflicto entre clases y en las funciones de poder. Proveniente de la tradición marxista, Bourdieu considera que el capital social tiene como función crear relaciones sociales que aumentan la habilidad de un individuo de avanzar en sus intereses particulares y es pues un mecanismo de dominación.

Coleman: capital social desde el individuo

Coleman, sociólogo norteamericano, desarrolló el concepto de capital social inicialmente en el ámbito de la educación. Pero a diferencia de Bourdieu, a él le interesa y lo estudia desde el campo teórico aportado por la teoría de la elección racional. A nivel práctico, lo conecta con el desarrollo metodológico orientado hacia el diseño de políticas públicas.

En el contexto de políticas educativas en los Estados Unidos, el concepto de capital social en Coleman surge como una explicación de porqué, en contra de la tendencia general de fracaso escolar entre clases sociales desfavorecidas, ciertos grupos de estudiantes de familias humildes consiguen niveles de éxito académico dentro de escuelas católicas. En una conclusión que conecta con el análisis de Bourdieu, Coleman lo atribuye a la continuidad de valores y de redes entre la esfera familiar y la escolar. Sin embargo, la coincidencia entre ambos autores finaliza aquí, porque si Bourdieu está interesado en las características del capital social en cuanto a mecanismo de dominación, para Coleman el capital social es una herramienta. Le interesa por su carácter productivo (COLEMAN, 1979).

La teoría de la elección racional de la que parte Coleman utiliza el individuo como unidad de análisis básica, a la vez que presupone, por parte del individuo, el uso de un modelo racional que orienta las acciones. La teoría se fundamenta en el principio de que los individuos son auto-interesados, orientados hacia la satisfacción de sus propios intereses y deseos. Coleman amplía el ámbito de la teoría de la elección racional haciendo servir el concepto de capital social. En lugar de limitarse a una metodología basada en el individuo, el autor se dirige a la elección racional mediante la consideración de modelos de relación entre personas (COLEMAN, 1994).

Coleman define capital social desde su función: "El capital social es productivo, hace posible conseguir ciertos fines que en su ausencia serían imposibles" (1988, p. 98). El argumento es que los individuos establecen interacciones porque gracias a éstas pueden conseguir alguna cosa que no sería posible sin las mismas. A la vez, siendo parte de estas relaciones, los individuos crean organizaciones de forma no intencionada. Las interacciones entre individuos ayudan al establecimiento de obligaciones interpersonales y en última instancia a la creación de organizaciones. Así pues, el capital social es a menudo el resultado indirecto de actividades desarrolladas por otras razones.

Gracias a la interacción entre miembros se establece un cierto nivel de obligatoriedad y de reciprocidad. Reciprocidad que permite establecer a la vez expectativas entre participantes en la interacción. El carácter de obligatoriedad significa de hecho un crédito, es decir, un recurso, un capital para los individuos que se encuentran inmersos en esta estructura de reciprocidad. Cuando estas obligaciones se repiten a través del tiempo entre

los individuos y a través del espacio social entre los miembros de una red determinada, se constituyen las bases para la creación de confianza generalizada entre los miembros de una misma red (COLEMAN, 1988).

Otro elemento importante es el acceso a información. La información es costosa. Quien puede reducir este coste mediante la interacción con otros puede conducir sus acciones de manera más económica y, por tanto, suplir los recursos mediante capital social. En esta dinámica también se establecen relaciones de autoridad, es decir, un individuo o grupo de individuos puede ceder a otro sus derechos de control sobre determinadas acciones. De esta manera, el servicio que la autoridad presta no sólo se refiere a la distribución de las tareas, sino también a potenciar la contribución individual al beneficio colectivo reduciendo el problema del gorrón (o polizón, "*the free-ryder problem*").

Finalmente, la existencia de obligaciones entre individuos es un recurso del cual las personas pueden confiar en tiempo de necesidad. Esto permite la explicación del capital social en términos de acción racional –es racional y de auto-interés crear capital social del que poder servirnos en el futuro–. El razonamiento es el mismo que se utiliza cuando se abre una libreta de ahorro, para guardar recursos financieros que se puedan necesitar más adelante (COLEMAN, 1988, 1994).

La formulación de Coleman sobre capital social ha recibido fuertes críticas de autores que divergen de su enfoque insertado dentro de la teoría de la elección racional, que lo lleva a plantearse las relaciones en términos puramente instrumentales, concebibles como elementos de cálculo racional que busca su propio interés y no como constitutivas de identidades y de estrategias. Con todo, la aportación de Coleman es clave para el desarrollo analítico y metodológico del concepto al igual que para su difusión no sólo a nivel académico sino también y muy especialmente en el ámbito de las políticas públicas.

Putnam: capital social como compromiso cívico

Si para Coleman el capital social está localizado en los componentes que dan estructura a las interacciones entre individuos, para Putnam el capital social se encuentra en los factores que regulan los vínculos de la sociabilidad.

Desde el ámbito de las ciencias políticas, Robert Putnam ha hecho una amplia contribución a la difusión del término capital social. Para explicar el concepto, y haciendo uso de su loable lenguaje divulgativo, Putnam establece un paralelismo entre capital físico, humano y social. Mientras que el capital físico se refiere a objetos físicos y el capital humano a propiedades de los individuos, capital social se refiere a las conexiones entre individuos –y más concretamente, a las redes sociales y normas de reciprocidad y confianza que nacen de ellas–. En este sentido, el capital social está estrechamente vinculado a lo que se puede llamar compromiso cívico o "virtud cívica". La diferencia se encuentra en que el capital social hace énfasis en que la virtud cívica es más fuerte cuando está incrustada en una red de relaciones sociales recíprocas. En este sentido, una sociedad muy rica en individuos virtuosos pero aislados, no posee necesariamente un capital social rico.

El concepto de capital social de Putnam tiene tres componentes principales. En primer lugar, se encuentran obligaciones morales y normas; en segundo lugar, hace falta hablar de valores sociales y más en concreto, de confianza; finalmente, destaca las redes sociales, en concreto el papel de las asociaciones voluntarias. Éstas son el concepto clave que articula el discurso de Putnam en torno a capital social.

Las asociaciones voluntarias constituyen para este autor la forma más importante de interacción y reciprocidad horizontal. Las redes horizontales acercan a los agentes desde un nivel similar de estatus o poder y por ello facilitan la colaboración social. Son radicalmente diferentes a las redes verticales, las cuales se caracterizan por el establecimiento de jerarquías y dependencia que dificultan la promoción de valores cívicos y el desarrollo de confianza interpersonal.

Las asociaciones voluntarias influyen en las interacciones sociales y de cooperación de diferentes maneras. En primer lugar, crean normas de reciprocidad robustas. En segundo lugar, facilitan la comunicación y mejoran la corriente de información sobre la lealtad de los individuos. En tercer lugar, aumentan el potencial de coste para un gorrón o polizón. En cuarto lugar, permiten transmitir y redefinir niveles de prestigio. Finalmente, personifican el nivel de éxito de las colaboraciones, lo cual permite definir culturalmente el modelo para futuras colaboraciones (PUTNAM, 1993).

Para el autor, la interacción entre individuos permite a las personas construir comunidades, establecer compromisos mutuos y crear tejido social. El sentido de pertenencia y la experiencia concreta de las redes sociales, de las relaciones de confianza y de tolerancia que éstas implican aportan beneficios fundamentales a los individuos y a la sociedad. La confianza que se genera crea reciprocidad, y la reciprocidad y la presencia de asociaciones genera confianza; cuanto más capital social se hace servir más se engendra.

En su libro, publicado en 1993 (*Making Democracy Work*) sobre el desarrollo regional del norte de Italia, Putnam presenta la tesis de que si una región tiene un sistema económico que funciona y un alto nivel de integración política, es porque la región en cuestión ha sido capaz de crear capital social, particularmente en términos de asociaciones voluntarias. Siguiendo su argumento, estas asociaciones han ayudado a crear hábitos sociales de cooperación y de confianza social que, a la vez, también se traducen en una mayor participación política. Este sería el caso del norte de Italia, en oposición al sur, que se caracteriza por un desarrollo regional y de capital social pobre. En recientes publicaciones sobre la sociedad norteamericana (*Bowling Alone*), el autor denuncia la constante disminución de capital social en las últimas décadas en los Estados Unidos, con una consecuente pérdida de participación política y democrática.

Los críticos de la formulación de capital social de Putnam cuestionan cómo el autor justifica el origen de la confianza social, en la medida en que en su discurso, las asociaciones voluntarias parecen las únicas fuentes generadoras de confianza. Una cuestión clave es cómo se generalizan e institucionalizan las normas de reciprocidad y los valores de confianza. Stolle y Lewis (2001) y Knight y Farrel (2003) señalan que Putnam no hace explícitos los mecanismos por los cuales pertenecer a asociaciones conduce a altos niveles de compromiso cívico y de participación política en el ámbito democrático. Levy (1996) cuestiona que pertenecer a un tipo de asociación resuelva el problema del gorrón. Con todo, Putnam es uno de los más influyentes y fructíferos pensadores del concepto de capital social, y es sin duda uno de los más importantes en la difusión del concepto a diversos ámbitos académicos.

Lin: capital social desde la perspectiva de redes

Desde su cátedra de sociología en la Universidad de Duke, Nan Lin ha dedicado más de veinte años al estudio de capital social. Su análisis se centra en el estudio de cómo individuos u organizaciones movilizan recursos en sus redes sociales para conseguir deter-

minados objetivos. Adscrito a la teoría del intercambio de Homans, y totalmente alejado de la posición de Putnam, Lin considera que el capital social es un recurso sólo de carácter individual. Pero a la vez diferenciándose de Coleman, Lin se concentra en el análisis de redes. Su modelo se basa en la idea de que la interacción entre las personas es una interacción entre recursos. Para este autor, en mayor medida que Coleman, los intereses o preferencias son capaces de coordinarse mutuamente y de generar equilibrios, de la misma forma como el mercado genera precios.

Lin considera que la estructura social operable en el ámbito de cada persona es la organización en red. Desde la perspectiva de redes se definen dos ejes de análisis. En primer lugar, está la forma o estructura, es decir, la cuestión de cómo está distribuido el capital social. Por otro lado, existe el problema del acceso individual a este capital social. Lin aporta solución a este problema desde la teoría del intercambio de Homans (LIN, 2001a, 2001b).

La teoría de Homans, como se ha apuntado anteriormente, considera que en la consecución de intereses, los agentes operan en un modelo de racionalidad. Desde esta perspectiva, si cada uno percibe racionalmente sus intereses, el problema que se deriva es cómo coordinar las acciones. La respuesta es economicista. El mercado, como lugar de intercambio, genera un equilibrio natural de intereses. Este postulado implica que hay pocas dificultades para la coordinación. La continuidad y estabilidad de las relaciones no precisa, pues, de gran número de externalidades. El intercambio se sostiene mediante la interacción ya que lo que la impulsa es la expectativa de recompensa o de retorno. Como consecuencia, la interacción es débil y la acción del individuo se desarrolla en un marco contingente que presupone cálculo y capacidad de discernir condiciones y medios.

Las normas e instituciones no son suficientes para orientar y conducir la acción de los individuos porque no se puede presuponer la conformidad con las normas. Éstas regulan el marco colectivo, el marco institucional de la acción, no la acción misma. La acción individual se explica mediante un modelo de conducta subinstitucional. Desde este modelo, la respuesta de cada individuo hacia las otras personas responde a una expectativa de retribución. La acción que persigue una retribución es la que orienta la conducta y la interacción.

Lin señala tres factores que ayudan a determinar quienes tienen más posibilidades de acceder a capital social. El primer factor se refiere a la posición del individuo en las estructuras jerárquicas. El segundo factor viene determinado por la naturaleza del lazo del individuo con los otros agentes. En tercer factor, hace referencia a la ubicación de los lazos dentro de la red. De estos tres factores se desprenden cuatro indicadores que ayudan a determinar las posibilidades de generar y beneficiarse del capital social.

El primer indicador es la fuerza de la posición estructural del individuo, su proximidad con las posiciones más altas de la jerarquía. En este sentido, este indicador permite analizar cómo cuanto más cerca de la jerarquía se está, mejor posicionado se encuentra el individuo para acceder a recursos.

El segundo indicador hace referencia a la fuerza del lazo en la red. Lin distingue entre posibilidades ofrecidas por lazos fuertes y lazos débiles. Por un lado, cuanto más fuerte es el lazo, cuanto más cercanía hay entre individuos, mayor confianza, reciprocidad y obligación mutua se da. Como resultado de las características de los lazos fuertes, cuanto más estrecho es el lazo mejor posicionado se está para utilizar recursos similares a los que ya posee el individuo. Sin embargo el autor también destaca las ventajas de los lazos débiles. Los lazos débiles se caracterizan por tener poca intimidad, intensidad, obligación

y reciprocidad. Además acontecen entre individuos específicos con una frecuencia menor que los lazos fuertes. Estos elementos, en lugar de entenderse como negativos, desde una perspectiva de redes son en realidad altamente positivos porque se generan entre individuos de ámbitos más amplios y por tanto permiten acceder a información y recursos diversos. Los lazos débiles permiten un nivel de conexión con círculos distintos a los que se pertenece y amplían el marco de posibilidades del individuo.

El tercer indicador hace referencia a la posición en las redes y, más en concreto, a lo que Lin denomina posición de puente social. El autor define el puente social como la relación que se establece entre dos individuos en posiciones clave en una red social de diferentes grupos. Su posición es clave porque su ausencia rompería la conexión entre dos grupos distintos. Un grupo se ve como una unidad formada por dos o más individuos. En este sentido, los puentes ofrecen la ventaja de hacer accesible para diversos individuos los recursos existentes en dos o más grupos distintos, recursos que no se solapan sino que se complementan. Los puentes en la red funcionan, tal i como la expresión expresa, como elementos vehiculantes de información y recursos complementarios. Cuanto más cerca esté un individuo de un puente en la red, mejor va a ser su acceso al capital social.

El cuarto y último indicador hace referencia a los efectos de la conjunción de los tres factores presentados: de la fuerza de la posición estructural; de la fuerza del lazo en la red en sus dos vertientes, fuerte y débil y de la posición en las redes. La conjunción de estos tres elementos es la que ayuda a determinar los resultados finales con respecto al acceso a capital social de un individuo (LIN, 2001a, 2001b).

Los críticos de Lin consideran que si bien en su análisis el autor aporta una descripción pragmática de los procesos y estructuras sociales, su análisis puede ser utilizado para justificar el oportunismo social, a la vez que ignora cuestiones de principios y de valores. A pesar de esta crítica, el trabajo de Lin es muy importante por la perspectiva que ofrece de análisis de redes y por la operacionalidad del concepto de capital social que se desprende de su análisis.

Como conclusión, este apartado ha presentado conceptos clave de capital social a través de las aportaciones teóricas y metodológicas de Bourdieu, Coleman, Putnam y Lin. En los siguientes apartados el concepto se articula en el ámbito del estudio de género.

CAPITAL SOCIAL DESDE UNA LECTURA DE GÉNERO: POTENCIALIDADES Y LIMITACIONES

Capital social, entendido como el resultado de relaciones y redes sociales que generan recursos, facilitan la circulación de información, crean asociaciones y aportan servicios al individuo y a la comunidad ayudando a generar solidaridad social y cohesión entre individuos, es un concepto intuitivamente atractivo. Por este motivo, al estudiar capital social desde una perspectiva de género es necesario estar muy alerta para no caer en algunas de las trampas que el concepto puede generar, pues aunque puede llevar a una lectura positiva de la aportación de las mujeres también puede fomentar análisis altamente limitadores.

Desde una perspectiva de género, y a nivel positivo, el análisis de género desde el concepto de capital social puede ayudar a poner nombre, a identificar y a dar valor a las contribuciones, tanto a nivel individual como social, que las mujeres generan en el ámbito social, cultural y económico desde esferas tradicionalmente femeninas, asociadas al mundo no productivo, desde fuera de la economía de mercado. Esta valoración, necesi-

ria y del todo justa de capital social generado desde el papel tradicional de las mujeres en el ámbito familiar y de la comunidad, puede, con todo, tener una lectura no tan positiva.

Se puede concluir que la creciente participación de las mujeres en el mundo laboral remunerado es negativa, en la medida que decrece el tiempo que ellas pueden dedicar a los ámbitos donde tradicionalmente las mujeres han desarrollado y han generado capital social. Adicionalmente, en la esfera familiar, las familias con dos miembros en el mundo laboral remunerado ven disminuir la cantidad de tiempo libre, lo cual puede llevar a inferir, que esta pérdida de tiempo libre se traduce en pérdida de capital social generado por el núcleo familiar.

De hecho, Robert Putnam, en su libro *Bowling Alone* señala que la participación de la mujer norteamericana en el mundo laboral tiene una doble vertiente. Por una parte, aumenta la oportunidad de las mujeres de establecer nuevos contactos sociales mediante el lugar de trabajo pero, a la vez, reduce la posibilidad de participar en asociaciones voluntarias. Después de estudiar el nivel de participación en asociaciones (culturales, religiosas, organizaciones profesionales, de la comunidad, entre otras) en las últimas dos décadas de los Estados Unidos, Putnam concluye que la incorporación de la mujer al mundo laboral no es un elemento clave para explicar la disminución de participación voluntaria al país, ya que esta disminución se da en todos los grupos sin diferencia de género, condición laboral, social o civil.

Otro elemento resbaladizo del concepto de capital social está vinculado al carácter positivo que también de forma intuitiva se da al asociacionismo voluntario. De hecho, el asociacionismo y la participación voluntaria en grupos de personas no tiene porqué ser siempre un elemento positivo. Lazos de confianza y ayuda mutua pueden forzar prácticas de nepotismo, de odio étnico, de sectarismo y, claro está, de sexismo. Los lazos de sangre de las mafias italianas, las redes altamente sofisticadas y estrechas de los carteles de las drogas colombianas y las visiones compartidas de miembros del Ku Kux Klan, o movimientos neonazis son un buen ejemplo. Estas comunidades generan altos niveles de tolerancia, confianza, ayuda y recursos para sus miembros, pero estos elementos se convierten en todo lo contrario hacia los individuos que no forman parte de estas asociaciones.

Finalmente, debe señalarse así mismo que capital social generado dentro de un contexto amplio de diferencias de género puede aumentar la discriminación hacia las mujeres en lugar de mitigarlo. Numerosos estudios (BURT, 1998; MOLYNEAUX, 2002; NEUHOUSER, 1995; SMITH, 2000; SMITH-LOVIN & MCPHERSON, 1993; World Bank, 2001) analizan cómo la participación en redes desde diferentes expectativas generadas por el rol de género repercute en contra de las mujeres, en cuanto que éstas resultan excluidas de las redes más poderosas de confianza, reciprocidad y recursos que se crean entre los hombres.

NUEVAS LÍNEAS DE DEBATE: EL CONCEPTO DE CAPITAL SOCIAL DESDE LA PERSPECTIVA DE GÉNERO EN EL ÁMBITO RURAL

La incorporación del elemento territorial, en particular del ámbito rural, en el análisis de capital social hecho desde una perspectiva de género nos permite utilizar aportaciones teóricas de Bourdieu, Coleman, Putnam y Nin para explorar nuevos enfoques analíticos. Desde esta perspectiva metodológica establecemos las siguientes vías de análisis que no pretenden ser taxativas sino que tienen la finalidad de abrir nuevos horizontes para el estudio y el debate.

En primer lugar podemos afirmar que las mujeres en el ámbito rural se han encontrado tradicionalmente en una situación de desventaja con respecto a los hombres, pues dada la estructura patriarcal dominante, el ámbito de la mujer se ha visto limitado a la esfera privada y familiar. Esta limitación ha sido mayor que la que deben afrontar las mujeres residentes en zonas urbanas. Con todo, las mujeres de zonas rurales por el hecho de tener que auto-generar servicios (de transporte, de cuidado de ancianos y enfermos, de entretenimiento, etc.) se han visto obligadas a crear una red de conexiones densa y sólida que es capaz de movilizar recursos de forma efectiva. Además, desde su función de pilar familiar, han sido tradicionalmente las piezas claves de la transmisión del patrimonio cultural y social del mundo rural (PALLARÈS, *et al.*, 2002). En este sentido, siguiendo la formulación de Bourdieu podríamos considerar que en su primera acepción de capital social, las mujeres de zonas rurales poseen una cantidad de capital social igual o mejor que las mujeres de zonas urbanas porque estas primeras son capaces de crear redes de solidaridad y cooperación altamente efectivas. Sin embargo, dentro de la segunda acepción de capital social en Bourdieu, cuando habla de capital simbólico, cabría reconocer que dada la estructura patriarcal del mundo rural, la sociedad rural no otorga capital simbólico al capital social generado por las mujeres en el mismo grado que puede suceder en un ámbito urbano. Es decir, el capital social generado por la mujer rural carece a menudo de valoración tanto social como individual en su propio territorio. Carece, en definitiva, de mutuo reconocimiento e interiorización por parte de los individuos que configuran la sociedad rural sean hombres o mujeres. En este sentido, en su aspecto simbólico, el capital social de las mujeres rurales es más pobre que el de las urbanas.

Esta distinción, capital social en su componente de recurso y capital social en su componente simbólico, puede resultar altamente fructífero tanto desde una perspectiva de análisis, como desde una de diseño de políticas públicas porque distingue entre dos realidades que a menudo son estudiadas como un todo. Esto explicaría porqué se dan análisis tan contrapuestos. Por un lado se generaran estudios que identifican la riqueza de capital social creado por las mujeres en el mundo rural pero no se da adecuada consideración a las limitaciones que se impone a este capital social por la falta de reconocimiento o valor simbólico. Por otro lado, desde una lectura centrada en la estructura patriarcal del mundo rural o economicista hecha desde la valoración exclusiva de la esfera pública, se producen análisis que infravaloran el existente capital social creado por las mujeres del ámbito rural en la medida en que la falta de reconocimiento entre los agentes generadores, por un lado, y el análisis desde perspectivas tradicionales, por otro, lo oscurecen. La distinción de los dos componentes aportados por Bourdieu, capital social como recurso y como valor simbólico, tras pasados al estudio de género abre, a nuestro entender, una fructífera vía de análisis.

Los trabajos de Coleman nos aportan útiles herramientas de análisis para el estudio de capital social y mujeres en el mundo rural cuando tomamos en consideración su definición de capital social desde el carácter productivo de éste, desde su función. Para este autor, capital social es un producto colateral, una externalidad no intencionada que los individuos generan durante sus interacciones al tratan de maximizar racionalmente sus intereses particulares. Siguiendo las posturas teóricas de Coleman podemos identificar herramientas metodológicas para el estudio de género centrándonos en el análisis de aquellas interacciones en las cuales las mujeres de las zonas rurales participan con el fin de conseguir alguna cosa que no sería posible sin las mismas. Se trataría de entender el

carácter de estas interacciones y determinar las características de las obligaciones interpersonales que crean.

Los trabajos de Coleman se centran mayoritariamente en el ámbito urbano y no tienen un matiz de género. El autor está especialmente interesado en encontrar las organizaciones que a su entender acaban por generarse a través de la interacción entre individuos y que constituyen la materialización del capital social. En el ámbito rural y en el estudio de género, difícilmente podremos identificar numerosas organizaciones “*de facto*”. Ahora bien, este hecho no desacredita el análisis al que Coleman nos induce, porque, si bien en la mayoría de los casos las mujeres no constituyen organizaciones formales, sí que organizan estructuras organizativas informales caracterizadas por la presencia de obligaciones interpersonales. El estudio de estas organizaciones informales puede ser muy fructífero al permitir identificar nuevas formas generadoras de capital social en el mundo rural.

El énfasis que Coleman da al acceso a la información merece también especial atención. Coleman considera que la información es costosa y que, por tanto, se da una tendencia a reducir este coste mediante la interacción con otros. Estudios orientados a identificar los mecanismos de transmisión de la información en el mundo rural entre mujeres sobre diferentes esferas, por ejemplo cómo iniciarse en nuevas actividades económicas, como son las casas de turismo rural, o la organización de actividades comerciales, como la producción casera de productos lácteos o frutícolas, por poner dos ejemplos, nos permite también identificar nuevos recursos dinamizadores del mundo rural generador de capital social surgido desde la esfera femenina.

El énfasis que Putnam hace del papel de las asociaciones voluntarias como motores generadores de capital social nos permite también encontrar nuevas líneas de estudio. Como se ha apuntado anteriormente, para Putnam el capital social se encuentra en los factores que regulan los vínculos de la sociabilidad, el cual cuenta con tres componentes principales: el primero se refiere a obligaciones morales y normas; el segundo gira en torno a valores sociales tales como la confianza; el tercero se centra en las redes sociales, y más en concreto en las asociaciones voluntarias. El papel y las características de la participación de mujeres rurales en asociaciones voluntarias merecen especial consideración por las posibilidades de estudio que ofrece.

Las asociaciones voluntarias tienen el valor de ser redes de interacción y reciprocidad horizontal. En este sentido, este tipo de redes acercan a los individuos participantes en la medida en que ofrecen un nivel similar de estatus o poder a todos sus miembros. Dada la desigualdad de género en el mundo rural, puede resultar altamente enriquecedor estudiar las asociaciones rurales y ver cómo ambos géneros interaccionan en ellas, cómo promocionan valores cívicos y de que forma contribuyen al desarrollo de confianza interpersonal entre hombres y mujeres.

Finalmente, en el análisis de redes, Lin define dos ejes de estudio que también aportan interesantes posibilidades para nuestra área de interés. Este autor distingue entre la cuestión de cómo está distribuido el capital social, y la cuestión de cómo los individuos ganan acceso a este capital social. Lin señala tres factores que ayudan a determinar quienes tienen más posibilidades de acceder a capital social. Estos factores son: la posición del individuo en las estructuras jerárquicas, la naturaleza del lazo del individuo con los agentes y la ubicación de los lazos dentro de la red. De estos tres factores el autor apunta a cuatro indicadores que ayudan a determinar las posibilidades de acceder a capital social y que pueden aplicarse el estudio de género en el ámbito rural.

El primer indicador hace referencia a la posición estructural del individuo dentro de la jerarquía. Esta posición viene determinada por dos factores: la herencia familiar, es decir, la posición social de la familia de la cual se proviene, y la posición social ganada por el individuo. En este sentido se nos da oportunidad de estudiar la capacidad de generar y utilizar capital social en el ámbito rural utilizando el elemento de género junto al de clase social. Los siguientes indicadores introducen componentes más variables que la estructura social que presenta el primer indicador, el cual es bastante fijo. Los siguientes indicadores se refieren a las características de la red. La diferenciación que Lin establece entre lazos fuertes y lazos débiles en la red, al igual que el concepto de puente de red, aportan numerosas claves interpretativas y de análisis que abren prometedores horizontes en el estudio de género en el ámbito rural.

CONCLUSIÓN: EL CAPITAL SOCIAL COMO HERRAMIENTA Y COMO ESTRUCTURA DE ANÁLISIS

El análisis de las aportaciones de las mujeres del mundo rural hecho desde una lectura de capital social puede contribuir a identificar, entender, valorar y promover algunos de los mecanismos generadores de capital social femenino.

Como se ha señalado, las definiciones de capital social se sustentan en unos pilares contruidos por pensadores de diferentes disciplinas. En geografía, cuando se unen las variables espacio y género, ambas variables constituyen un filón que permite un análisis y posterior elaboración de resultados que expliquen la realidad de las mujeres en las zonas de montaña desde una perspectiva novedosa y creativa.

Las mujeres de las áreas rurales son capaces de crear redes de solidaridad y cooperación que a menudo no son reconocidas a nivel simbólico. Las interacciones de las mujeres rurales que colateralmente generan capital social son, en general, causadas por la necesidad de conseguir recursos que no es posible obtener de otro modo, dada la estructura deficitaria de las zonas rurales. Es una externalidad involuntaria que se genera en el hinterland cotidiano de las mujeres rurales y de la que muchos hombres, al igual que el resto del colectivo de la comunidad, se benefician; aunque, como se ha señalado, en muchos casos los beneficios causados por redes femeninas son minusvalorados o ignorados. El análisis hecho desde el concepto de capital social puede permitir identificar y ayudar a valorar estas aportaciones.

El componente involuntario de creación de capital social, lleva asociado adicionalmente la no institucionalización de los lazos femeninos creados para conseguir un fin en concreto. Como consecuencia, se generan asociaciones informales que, sin embargo, producen resultados factibles que repercuten positivamente en entornos familiares y sociales en el ámbito local. Así mismo, el control social del mundo rural tiene en su naturaleza una componente de normas, valores y obligaciones morales que conforman las reglas no escritas de una sociedad. En este contexto, las asociaciones voluntarias de mujeres ayudan a perpetuar o crear nuevos enlaces de reciprocidad horizontal que superan los objetivos concretos de la asociación. Todo apunta a que los elementos constructivos de concepto de capital social pueden ser fructíferos para este análisis.

BIBLIOGRAFÍA

- BOURDIEU, P. (1998): *Practical reason. On the theory of action*. Stanford, Stanford University Press.
- BOURDIEU, P. (1997): The forms of capital, en HALSEY, A.H., LAUDER, H., BROWN, P., WELLS, A.S., (eds.), *Education: culture, economy, society*, Oxford, Oxford University Press. Cap. 2
- BOURDIEU, P. (1986): The forms of capital. J. RICHARDSON (ed.): *Handbook of Theory and Research for the Sociology of Education*. New York: Greenwood Press. 241-258
- BOURDIEU, P. and PASSERON, J-C. (1977): *Reproduction in Education, Society and Culture*. London: SAGE.
- BURT, R. (1998): The gender of social capital. *Rationality and Society*, 10 (1), 5-46
- COLEMAN, J. S. (1994): *Foundations of Social Theory*. Cambridge: The Belknap Press of Harvard University Press.
- COLEMAN, J. S. (1988): Social capital in the creation of human capital, *American Journal of Sociology*, 94, 95-121
- COLEMAN, J. S. (1979): *Equality of Educational Opportunity*. Arno Press.
- FRANKLIN, J. (ed). (2004): *Politics, Trust and Networks: Social Capital in Critical Perspective*. Con contribuciones de S. Baron; F. Tonkiss; and M. Savage, G. Tampubolon and A. Warde. London, UK: London South Bank University.
- KNIGHT, J. y H. FARREL (2003): Trust, Institutions, and Institutional Change: Industrial District and the Social Capital Hypothesis, *Politics and Society* (31) 4
- LEVI, M. (1996): Social and Unsocial Capital: A Review Essay of Robert Putnam's Making Democracy Work. *Politics & Society* (24) 1, 45-55
- LIN, N., COOK, K., & BURT, R. S. (eds.) (2001a): *Social capital*. New York: Aldine de Gruyter.
- LIN, N. (2001b): *Social Capital – A Theory of Social Structure and Action*, Cambridge, Cambridge University Press.
- MOLYNEAUX, M. (2002): Gender and the silences of social capital, *Development and Change*, 33(2), 167-188
- NEUHOUSER, K. (1995): Worse than men: gendered mobilization in urban squatter settlements, 1971- 91. *Gender and Society*, 9 (1), 38-59
- PUTNAM, R. (1995): Bowling alone: America's declining social capital, *Journal of Democracy*, 6 (1), 65-78
- PUTNAM, R. (2001): *Bowling Alone*, New York: Simon & Shuster.
- PUTNAM, R., LEONARDI R., NANETTI R.Y. (1993): *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*, Princeton NJ, Princeton University Press.
- SMITH, A. (2000): Mobilizing social resources: race, ethnic, and gender differences in social capital and persisting wage inequalities, *The Sociological Quarterly*, 41(4), 509-537
- SMITH-LOVIN, L., & MCPHERSON, J. M. (1993): You are who you know: a network approach to gender, en P. ENGLAND (ed.), *Theory on gender/Feminism on theory*. New York: Walter de Gruyter, Inc. 223-245
- STOLLE, D. and J. LEWIS (2001): Social Capital – an Emerging Concept, en *Key Concepts in Gender and European Social Politics*, compilado por HOBSON, B., LEWIS, J. y SIIM, B. Cheltenham: Edward Elgar Press.
- WORLD BANK (2001): Social capital and gender. Disponible en: <http://www.world-bank.org/wbp/scapital/sources/gender1.htm#maw>.

